

TRADUCCIÓN CASTELLANA Y NOTAS*

* Por el Doctor Ángel Sierra de Cózar, Profesor de Filología Latina en la Universidad Autónoma de Madrid y Diplomado en Periodismo.

Q.D.B.V.¹

BAJO LA PRESIDENCIA DE

L. ADAM RECHENBERG,
Catedrático y actual Rector Magnífico
de la Universidad de Leipzig,

el 8 de marzo de 1690

TOBIAS PEUCER,
de Görlitz, en Lautsitz
disertará públicamente²

SOBRE LAS *RELATIONES NOVELLAE*

Imprenta de Wittigau

(/3)3

B. C. D.⁴

Sobre las *Relationes Novellae*⁵

Índice de la Tesis

¹ *Q<uod>D<eus>B<ene>V<ertat>*: Dele Dios Buen Fin.

² *Publice disseret*: equivale a nuestra lectura o defensa pública de la tesis doctoral, que en alemán conserva el nombre latino de *Dissertatio*.

³ Estos números entre paréntesis señalan la correspondencia con las páginas del original. En la página 2 el autor dedica su tesis al Elector de Sajonia, Guillermo Luis Dasen.

⁴ *B<enedictus>C<hristus>D<ominus>*: Alabado sea el Señor, Bendito Sea Jesucristo.

⁵ La expresión «*relationes novellae*» es una acuñación personal de Peucer (§ II, al final), a cuya conciencia de gramático no parece gustar que un adjetivo como *novellae* no acompañe a un sustantivo, aunque desde antiguo se encuentren usos sustantivados con el significado de noticias, relatos o informes. Aparte de este prurito gramatical, su innovación *Relationes novellae* no parece otra cosa que un intento de traducir al latín «*neue Zeitungen*», que a su vez es otra forma de designar la misma cosa que en alemán se conoce también por el nombre de «*Novelle*»: «*Novelle* mantuvo hasta el siglo XVII en alemán el sentido de «novedad (noticia), relato de sucesos notables», el mismo que

§ 1: Lo atractivo del tema (2) Significado y uso del término *Novellae*. (3) Las diversas formas de la narración histórica y cuál es la propia de las *Novellae*. (4) Descripción de las *novellae*. (5) Que tiene por objeto su origen y causas. (6) Se exponen los comienzos de la historiografía en determinados pueblos, principalmente entre los germanos. (7) Los primeros fundadores de *Novellae* y con ocasión de qué las escribieron. (8) Dos motivos impulsaron a ello: la curiosidad humana y el afán de lucro. (9) Del autor o *causa eficiente de las novellae*. (10) Su primer requisito (referido al entendimiento) es el conocimiento; (11) el segundo requisito, la capacidad de juicio, (12) que a los narradores con frecuencia les falta. (13) Referido a la voluntad, se quiere el respeto y búsqueda de la verdad, (14) que en los redactores de *Novellae* en ocasiones se echa de menos. (15) La materia de las *Novellae*, hechos singulares y diversos. (16) La primera precaución en la selección de la materia. (17) Segunda precaución. (18) Tercera. (19) La curiosidad humana excusa en cierto modo las banalidades. (20) En qué consiste la forma de las *Novellae*. (21) Su primera parte, la «economía» o disposición, (22) la segunda, la «lexis» o estilo, que se define con más exactitud. (23) Se indaga sobre la finalidad de las *novellae*, (24) que consiste en informar de hechos recientes, (25) Se exponen las diversas clases de utilidad. (27) Se trata el entretenimiento, (28) y se delimita. (29) Se distinguen varios tipos de *novellae*, poniendo al mismo tiempo fin a la tesis.

§ I: Puesto que nada hay que más delectación nos cause que la historia, sea cual sea el modo en que esté escrita, puede que emprenda una obra agradable al lector, si me propongo comentar algunas cosas acerca de las *relationes novellae*, de las que (/4) en estos tiempos hay, aquí y allá, no poca abundancia.

§ II: Por lo que se refiere a la palabra misma, es cosa generalmente sabida que por *Novellae* se entiende las propias *novae relationes*, aunque en los autores latinos antiguos no aparece con este significado. En las glosas manuscritas a los *Cánones de los Concilios*, se lee, sin ir unida a sustantivo alguno, como sinónimo de *suggestiones* (cartas, escritos), tal como Charles Du Fresne, tomándolo del código de la Biblioteca Regia, anota en su *Glosarium*⁶: «Por el mismo tiempo,

con anterioridad *neue Zeitungen*» (F. Kluge, W. Mitza, Etimologisches Wörterbuch der deutschen Sprache, Berlín, 1967, s. v.).

Por otra parte, es evidente que junto a esa acepción histórica «etimológica» de «informe, relato, comunicación, relación de noticias», *novellae*, *relationes* y *relationes novellae*, como *neue Zeitungen* y *Novelle* en alemán, se aplican también a los impresos o publicaciones periódicas, en las que tales «relaciones de noticias» se publicaban.

Ante esta duplicidad de significados de *novellae*, *relationes* y *relationes novellae* y el riesgo de «sobreinterpretación» que implica hacerlos equivaler a términos técnicos modernos, demasiado específicos, se ha optado por mantener en la traducción la expresión original, dado que el contexto suele ser suficiente para establecer en cada caso el sentido general más propio.

⁶ Charles Du Fresne (1610-1688), más conocido por su título de nobleza (Sieur Du Cange), había publicado recientemente (1678) su *Glossarium*, obra fundacional de la lexicografía latina medieval ampliada y reeditada luego en varias ocasiones.

como muchos se alegrasen con las *novellis* de que Constantino, al ser bautizado por Silvestre, obispo de Roma, había quedado limpio de la lepra, etcétera.» Pero los monjes emplearon luego la palabra en el sentido de nueva información (*relatio*) o noticia (*nuntium*), como se puede ver en la *Vida versificada de San Mauro*, manuscrita: «Está el Padre en su celda (*cella*), cuando llega *ista novella*.» De ahí procede la palabra común francesa *Nouvelle*. Antonio Agustín observa que los emperadores se referían con este nombre a sus edictos más recientes⁷. Por nuestra parte, para mayor claridad, le hemos añadido la palabra *relationes*.

§ III. Ahora bien, para dar con ello una base firme al desarrollo de mi estudio debo decir previamente unas palabras sobre las distintas variedades de la historia. Una de ellas, manteniendo la secuencia estricta de los hechos se va tejiendo como un solo hilo ininterrumpido, y recibe los nombres de (*historia*) *universal, o particular, o individual*. A otra, en cambio, se le llama *episódica*⁸, y es la que de la narración continua de los acontecimientos entresaca hechos o dichos escogidos y memorables y los dispone y relata en un determinado orden, o según cada uno se va ofreciendo; de este género parece que fueron los relatos dispersos de Aristoxeno, también las Historias a modo de sátira de Pescennino Festo que menciona Lactancio (*Sobre las falsas religiones*, lib. I, cap. XXI) y las de otros autores¹⁰. Véase Vossio, *De Art. Hist.*, cap. VII¹¹. Otra, finalmente, se denomina *miscelánea o compuesta*; los griegos le dan el nombre de historia *mixta, o varia, o abigarrada*, así como, si no sigue orden alguno, *Átakta* (desordenada), que es el título que Aristóteles (/5) puso a la suya, según el testimonio de Laercio (lib. V, p.m. 317)¹².

§ IV. A esta última clase adscribimos nosotros las *relationes novellae*, cuyo contenido consiste en la noticia de hechos diversos ocurridos recientemente en uno u otro lugar del mundo. Estas, en efecto, aparte de respetar la secuencia estricta de las acciones conexas y sus causas, limitándose a la desnuda exposición de los hechos, o bien registran solamente informaciones sumarias, o mezclan asuntos de distinta índole, conforme ocurren cada día en

⁷ *Novellae* (sc. *constitutiones*). Antonio Agustín (Zaragoza, 1517-Tarragona, 1586), tuvo gran autoridad como jurista y arqueólogo. La referencia procede también de Du Cange (cf. *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, Graz 1954 (=1883-1887), vol. IV, 616. En todo este pasaje el texto de Peucer difiere del de Du Cange: allí se dice *in glossis ad Canon. Conciliorum*, Peucer *ad Cod. Conciliorum*, allí *noscitur* (se conoce) *ista novella*, aquí *nascitur* (surge). Restituimos en ambos casos las lecturas de la fuente.

⁸ *Senjuncta* (suelta, separada), en el original.

⁹ Aristóxeno de Tarento (s. IV a.C.), discípulo de Aristóteles, conocido sobre todo por sus tratados de música y rítmica, cultivó también la filosofía y la historia, género en el que se le considera como el creador de la biografía.

¹⁰ La expresión (*per saturam*) alude también al significado de «revoltijo», «mezcla de ingredientes diversos», que originariamente tenía la palabra.

¹¹ Vossius, es el nombre latinizado de Gerhard Johannes Voss (1577-1649), filólogo holandés, entre cuyas obras destacan sendos estudios sobre los historiadores griegos y latinos.

¹² Diógenes Laercio (s. III d. C.), *Vidas de los Filósofos*.

la vida o los trae la fama, para que esta agradable variedad atraiga y retenga al lector.

§ V. Del origen de estas y los motivos por los que se componen, debemos ocuparnos ya con más amplitud para poder llegar a un conocimiento más completo tanto de su estructura como de su utilidad en la vida social y literaria.

§ VI. Por lo que se refiere al origen, no es posible, ciertamente, señalar un año exacto en que por primera vez se extendió la costumbre de escribir tales *Novellae* o, por así decir, improvisadas *relationes*. Entre los griegos, según nos transmite Diodoro Sículo al comienzo de su *Biblioteca*¹³, en los tiempos antiguos, anteriores a la guerra de Troya, no existió preocupación alguna por la historia; es más, antes de la era olímpica todo permanecía en la ignorancia o envuelto en la leyenda (cf. Censorino, *De die. natali*¹⁴, cap. XXI). Igualmente entre los romanos, en los primeros siglos desde la fundación de Roma, del mismo modo que era sumamente raro el uso de la escritura, escaseaban también quienes pusieran por escrito la memoria de las cosas; si excluimos, como mucho, lo que se consignaba en los registros de los pontífices y otros documentos públicos o privados (cf. Livio, lib. VI). Esta negligencia de los antiguos la compensaron luego insignes escritores tanto griegos como romanos con la iniciación de obras de historia propiamente dicha. Entre los germanos, en la época anterior a Carlo Magno, no hay, según creo, documentos seguros que permitan demostrar que se cultivó la historia; sino que fue con la subida de este al poder en Alemania cuando, al igual que las demás artes también comenzó a practicarse la historia, especialmente por los monjes, (/6) quienes, en proporción a la rudeza de aquel tiempo, comenzaron por registrar en crónicas los hechos. Pero cuando, en los inicios de la edad moderna, empezó a brillar la luz de la cultura literaria, hombres serios y doctos se pusieron de nuevo con más capacidad a la tarea de fundar la historia. Cobró con ello su prestigio como una nueva vida, al punto de que muchos se aplicaron a cultivarla. Emulando a estos, algunos otros de escasa formación, en una labor apresurada, a partir de escritos, bien de gente de palacio, bien de mercaderes, o de la pública fama, compusieron *relationes* misceláneas de sucesos recientemente acaecidos aquí o allá, para ir al encuentro de la curiosidad del pueblo inmediatamente interesada en conocer lo nuevo.

§ VII. A partir de ahí, italianos y franceses, y luego belgas y alemanes, con ocasión de las guerras que entonces se desarrollaban con resultados cambiantes parece que fueron los primeros en aficionarse a este apresurado género de escritos; principalmente cuando aquí y allá se estableció el correo oficial y las llamadas postas, por cuyo medio era fácil tener conocimiento de lo sucedido en lugares distantes. El primer correo lo había establecido Augusto en el imperio romano, según cuenta Suetonio en *Augusto*, cap. 49. Las postas las reguló el empera-

¹³ Diodoro de Agirion, en Sicilia (s. I a.C.) escribió en griego una historia universal (*Bibliothēke*) drigen del mundo hasta la conquista de Britannia (54 a.C.).

¹⁴ Gramático latino del s. III d.C.

dor Carlos V en todo el imperio. En Francia las instituyó Luis XI, para que de forma confidencial y rápida se pudiera dar noticia y tener conocimiento de lo que en cada provincia estaba sucediendo (cf. *Limn. Jur. Publ.*, lib. II, cap. IX, número 135). Finalmente, y por obra de Gotardus Arthusius, de Dantzig, en 1609 comenzaron a circular los *Mercurios* franco-belgas. Estos, aunque con frecuencia divulgaban noticias falsas o engañosas junto a las historias verdaderas, alcanzado el favor de los curiosos de novedades, gozaron entre muchos de un crédito indiscriminado. Porque, en palabras de Lucrecio (lib. IV), «la humanidad entera es en exceso ávida de habladurías». Y como dice Séneca (*Cuestiones Naturales*, lib. VII, cap. 16): «Algunos son crédulos, descuidados otros; en unos la mentira (7) entra sin que lo adviertan, otros se complacen en ella; aquellos no la evitan, estos la buscan. Y esto puede hacerse extensivo a toda esta raza, que considera imposible que encuentre aprobación su obra y se haga popular, si no la salpica de fantasías»¹⁵.

§ VIII. De lo que se deduce que los motivos de la aparición de las *Novellae*, particularmente abundantes en estos tiempos, son, por un lado, la curiosidad humana, por otro, el afán de lucro, tanto por parte de los que las compilan, como de los que las venden. Esto es cosa que podría demostrarse con ejemplos que se encuentran por todas partes, si no pareciera tedioso y para algunos tal vez incluso molesto, ocuparse por extenso en cosa sabida.

§ IX. Pasando, por tanto, a las causas por las que se componen tales *relationes*, debemos tratar, en primer lugar, de los autores (la que en lenguaje académico llamamos *causa eficiente*). A estos, si nos planteamos *novellae* —permítansenos emplear de vez en cuando el término admitido por el uso— fidedignas y útiles, se les suelen exigir diversos requisitos. Nosotros los llamaremos virtudes del buen historiador, de las que unas se refieren al entendimiento, otras, a la voluntad.

§ X. A la inteligencia pertenece, en primer lugar, el conocer los hechos que merecen ser confiados a las *relationes* destinadas al público. Este conocimiento se obtiene bien por «autopsia», cuando se ha sido testigo presencial («*autoptes*») de los hechos, bien por comunicación de otros que relatan los que ellos han visto. En esto, cualquiera admitirá sin dificultad que merece mayor crédito el testigo presencial que el que conoce por el relato de otros. Y así, como ocurre en los juicios con el testigo ocular y el que atestigua de oídas, suele creerse más al que cuenta una cosa como testigo presencial que al que la conoce por otro. Tal vez también por esta causa Verrio Flaco en *Sobre el significado de las palabras* (citado por Gelio, libro V, cap. 18)¹⁶, pretendía que la historia era propiamente la narración de aquello que uno había presenciado. Pero ya Voss (*de Art. Hist.*, cap. 1) observó con razón que este era un concepto de historia demasiado estricto.

¹⁵ El texto de Séneca se refiere a Éforo y a los historiadores de su tendencia.

¹⁶ Verrio Flaco, gramático latino del S. I d.C., en Aulo Gelio, *Noches Áticas*, V. 18.

§ XI. En segundo lugar, en la composición de este tipo de *relationes* es necesario también el juicio, atributo supremo del entendimiento, a fin de que las noticias (/8) que merecen crédito se distingan de los vanos rumores puestos en circulación; y las suposiciones sin fundamento y los sucesos y acciones comunes, de los públicos y memorables. Juicio este del que no sólo carecieron en el pasado muchos escritores, en particular, monjes, los autores de las *Crónicas* concretamente, sino que no pocas veces se echa en falta en los compiladores de *novellae*, que siguiendo con interés chismes y banalidades y desatendiendo las cosas que serían de placentera y provechosa lectura, emborronan sus papeles con un batiburrillo de lo que otros dan por bueno, o incluso, que no tienen información segura alguna, venden por historia sospechas y conjeturas ajenas. Y son muchas las que de este género nos llegan desde el extranjero.

§ XII. Este defecto común en los historiadores ya lo advirtió antiguamente Luciano en *Cómo se ha de escribir la Historia*: «Hay quienes pasan de largo o ligeramente sobre los hechos más relevantes y memorables, y en cambio, por impericia o incapacidad, o por no saber lo que se debe mencionar o silenciar, se detienen en pequeñeces sin importancia, exponiéndolas trabajosamente con todo detalle. Lo cual es como si alguien ante la extraordinaria y absoluta perfección en todo del Zeus de Olimpia, no la viera ni elogiara, ni dijera nada de ella a quienes no la conocen, y en cambio se admirara de lo recto y pulido del pedestal y lo proporcionado de la sandalia, describiendo con todo empeño y por extenso esos detalles»¹⁷. Esta opinión suya la ilustra Luciano a continuación con dos comparaciones, inspiradas una en los jardines, la otra, en los banquetes: sería absurdo, dice, que alguien, desdeñando las rosas, se pusiera a contemplar con la mayor atención las espinas que crecen al pie del rosal, o que en (/9) un banquete espléndido considerara que habría que servir también carne guisada y arenques, cuando, más bien, ninguna de las dos cosas debería ocurrir.

§ XIII. A la voluntad del autor de *novellae* asignó el respeto y la búsqueda de la verdad, para evitar que, sometido tal vez a intereses partidistas, entremezcle irreflexivamente falsedades, o escriba cosas poco averiguadas sobre asuntos de importancia. «Pues ¿quién ignora?» —dice Cicerón, *Sobre el Orador*, lib. II— «que la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso, y luego, atreverse a decir cuanto sea verdadero, y que no haya sospecha ni de favor ni de enemistad cuando se escribe?» Esto, que son los cimientos, todo el mundo lo sabe. Y Estrabón, en el libro XI de su *Geografía*, donde tacha de fabuloso lo que se cuenta de las Amazonas, añade: «La historia quiere la verdad, sea esta antigua o nueva; y lo maravilloso, o no lo admite, o raramente»¹⁸. Razón por la cual, Polibio, historiador de la mayor autoridad entre los antiguos, habiéndose pro-

¹⁷ Luciano de Samosata (s. II d. C.) *Su De Historia <Cons>scribenda (Pôs del istorian singráfain.)*, es el único tratado teórico antiguo sobre historiografía que se nos ha conservado. El largo pasaje citado corresponde al § 27.

¹⁸ Estrabón, *Geogr.*, XI 5, 3.

puesto relatar los hechos de Escipión en España, viajó a aquellos litorales, para evitar que falsedad alguna salpicase su historia. En el lib. I de *Sobre las Leyes*, Cicerón echa de menos un cuidado semejante en Heródoto y Teopompo. Y Quintiliano (*Instituciones Oratorias*, lib. II, cap. 11), casi parece quitar todo crédito a los griegos cuando escribe que «las historias griegas en su mayoría gozan de una libertad semejante a la de los poetas».

§ XIV. Naturalmente, quienes acopian información para las *novellae* se considera que tienen una mayor licencia que los historiadores rigurosos, puesto que ellos ni han sido testigos presenciales de los hechos, ni pueden obtener fácilmente sobre ellos documentos fidedignos de países lejanos o en los archivos reales, sino que la mayor parte de la información la obtienen a través de cartas de amigos, o por rumores públicos, a menudo falsos; viéndose además en la obligación de alimentar la curiosidad de la gente con relatos de algún tipo. Aunque en verdad, puesto que nunca es lícito mentir o escribir falsedades para imbuir en otros una falsa opinión o engañarlos mejor harían los tales si omitieran transmitir noticias claramente falsas, o añadieran, en caso de ser dudosas, aquella cautela (/10) que nos ofrece Séneca en el lib. IV de las *Cuestiones Naturales*: «de si es verdad o no, responden los autores». Pues seguir en estos casos rumores dudosos y confundir a los lectores en asuntos de cierta importancia es una gran irresponsabilidad. El crédito que se debe dar a los rumores, e incluso a la pública fama, nos lo dan a entender las palabras que Alejandro Magno dirigió a sus soldados, según Curcio, libro IX: «No os es desconocida la ligereza de los mentirosos. Con la fama nunca se llega a lo cierto. Todo lo que la fama transmite excede a la verdad. Incluso nuestra gloria, con estar bien fundada, debe más al nombre que a los hechos.» Y bien, por ello es preciso ver si la noticia de un hecho reciente llega al mismo tiempo desde distintos lugares y si la confirma el testimonio de muchos; cuando estos concuerdan los hechos narrados adquieren firme credibilidad, y es posible incluso precindir de la figura misma del narrador. Siendo así que a cualquier historiador, incluso al más autorizado, le puede suceder que, sin culpa suya, lo falso se le mezcle con lo verdadero. Flavio Vopisco¹⁹, en efecto, en su *Vida de Aureliano*, no tuvo empacho en manifestar que él mismo había dicho a Junio Tiberiano que todos historiadores, en lo tocante a la historia, habían mentido en algo, llegando a descubrir incluso en qué desmentían a Livio evidentes testimonios, en qué a Salustio, en qué a Cornelio Tácito, en qué, finalmente, a Pompeyo Trogo.

§ XV. Hechas estas observaciones sobre los autores, debemos pasar a la materia de las *novellae*. Esta (como la de la historia propiamente dicha) son hechos singulares llevados a cabo o provocados, bien por Dios a través de la naturaleza, bien por los ángeles, o por los hombres en el ámbito del Estado o de

¹⁹ Flavio Vopisco, uno de los supuestos autores de la colección de biografías de emperadores, aspirantes al trono y usurpadores desde Adriano y Numeriano (117-285 d. C.) conocida por el nombre de *Historia Augusta*.

la Iglesia. Ahora bien, puesto que el número de estos hechos es casi infinito, es preciso establecer una cierta selección que dé preferencia a los «axiomne-móneta», es decir, a los que sean dignos de ser conocidos y recordados. Entre ellos están, en primer lugar, los prodigios, portentos, rarezas y maravillas de la naturaleza, o por obra o efecto de la técnica: inundaciones o terribles temporales, terremotos, fenómenos, descubrimientos o inventos recientes en los que tanto ha abundado nuestro siglo. Luego, (/11) las vicisitudes de las dinastías, restauraciones, sustituciones, las empresas civiles y militares, las causas de las guerras, los planes, las batallas, derrotas, estrategias, leyes nuevas, juicios, magistraturas, dignidades, nacimientos y muertes de reyes, sucesiones al trono, inauguraciones y demás ceremonias oficiales con ocasión de instaurarse por primera vez, o de modificarse o abolirse, la muerte de personajes ilustres, el final de los malvados, etcétera. Por último, los asuntos eclesiásticos y de la cultura, como el origen de esta o aquella religión, sus promotores, su expansión, las nuevas sectas, sus principios doctrinales, ritos, cismas, persecuciones, sínodos celebrados por razones religiosas, sus decretos, escritos insignes de sus doctores, debates científicos, nuevas obras de erudición, fundaciones, sucesos, muertes y las otras mil cosas referentes a la historia, ya sea natural, o civil, o eclesiástica, o literaria, que en las *novellae*, como si de una historia abigarrada se tratara, suelen mezclarse en el relato para regalar con una agradable variedad el ánimo del lector.

§ XVI. En la selección de la materia digna de figurar en las *relationes* destinadas al público se hacen necesarias algunas cautelas que una elemental prudencia sugiere. La primera es que no se publique en ellas cosas intrascendentes, o hechos cotidianos de la vida; ni tampoco casos humanos, de los que siempre hay copiosa abundancia en la vida corriente. De este tipo son las tempestades, frecuentes con los cambios estacionales y atmosféricos; actos de la vida privada de los príncipes como monterías, banquetes, representaciones teatrales, viajes de recreo a este o aquel castillo, revista de algunas tropas... Igualmente los tratos privados de los ciudadanos, el castigo de los malhechores, conjeturas sobre los asuntos públicos aún no conocidos y demás cosas de esta índole, más propias del diario de cada individuo que de registros públicos. Ejemplos de tales cosas se pueden encontrar por doquier en las crónicas monásticas y en libros de escritores de la misma laya. Parecida falta de criterio censuró antiguamente Capitolino²⁰ (*Vida de Macrino*, cap. I), al historiador Junio Cordo (/12) porque consignaba los actos más insignificantes, como si de Trajano, o de <Antonino> Pío, o de Marco <Aurelio> hubiera que saber cuántas veces salía, cuándo variaba su menú o cambiaba de ropa. El mismo autor en la *Vida de los Gordianos*, cap. XXI recrimina al citado Cordo: «Estas son» —dice— «las cosas dignas de ser recordadas que hemos averiguado de Gordiano el Joven. Pues nosotros nos negamos

²⁰ Julio Capitolino, otro de los supuestos biógrafos conocidos como *Scriptores Historiae Augustae*.

a mencionar ridiculeces y necesidades tales como las que Junio Cordo escribió acerca de sus placeres privados y demás insignificancias: quien quiera saberlas, que lea al propio Cordo. Este dice cuántos esclavos tuvo cada uno de los emperadores y cuántos amigos y cuántas capas o cuántos capotes; mas no aprovecha a nadie tal conocimiento».

§ XVII. Hay luego una segunda cautela: la de no propalar indiscriminadamente noticias de los soberanos que no quieren que se divulguen. Es, en efecto, peligroso escribir de quienes pueden proscribir. Y así los avisados advierten que conviene esperar a que hayan dejado de estar entre los vivos, y no puedan ya hacer daño. Lo avisó Arriano en la *Historia de Alejandro*, que escribió siguiendo fielmente a Ptolomeo y Aristóbulo y Cornelio Tácito lo hizo notar en sus *Anales*, lib. I, cap. I. Rara vez, además, se cuenta la historia verdadera de los monarcas mientras están en vida, pues la creciente adulación o el miedo espanta a los autores; esto provoca que de mil maneras se falte a la verdad; «en primer lugar por desconocimiento del propio estado, como si fuera ajeno; luego, por el deseo de halagar o, por el contrario, por odio a los poderosos. Y así entre enemigos y sometidos, ni unos ni otros se preocupan de la posteridad» (cf. Tácito, *Historias*. L I, cap. 1). Por esta razón, en un estado bien constituido no debe permitírsele a cualquiera la difusión pública de *novellae*. Véase la entrada *Neue Zeitungen* en el *Thesaurum Practicum* de Besoldus y el cap. III del *Discurso sobre el actual uso y abuso de las Novellae*, del celeberrimo jurisconsulto D. Ahasver Fritschius, publicado en Jena, 1676.

§ XVIII. La tercera cautela es no incluir cosas que dañen a las buenas costumbres, (/13) o a la verdadera religión, como son obscenidades, delitos cometidos de modo vergonzoso, expresiones blasfemas, que oídos piadosos no toleran. Cosas que, como dice Plinio, parece que se enseñan al contarlas. Por esta razón, en algunas ciudades se ha establecido con prudente criterio que no puedan imprimirse las *novellae* antes de ser aprobados por la censura. Es de interés para la formación moral que espíritus inocentes no se sientan ofendidos por esa clase de papeles indecentes difundidos aquí y allá, o que casi se vean incitados los que ya de por sí son proclives al mal.

§ XIX. Sobre lo demás, referente a las cuestiones sin importancia que conforman la mayor parte del contenido de algunas *novellae* quienes las compilan pueden tener más disculpa que los historiadores, puesto que ellos escriben, de forma casi improvisada, no tanto para la posteridad como para la curiosidad del pueblo ávido de novedades. Y para alimentarla, si faltan asuntos de importancia, temas ligeros y a veces banales cumplen la tarea. Por tanto, en esto hay que ceder, en cierto modo, al gusto de los tiempos. En la antigüedad Julio César (*La guerra de las Galias*, lib. IV, cap. 5) censuró entre los galos este afán de novedades: «Forma parte de las costumbres galas obligar a detenerse, aunque no quieran, a los que van de camino, y preguntarles por lo que cada uno ha oído o sabido sobre cualquier asunto. En sus ciudades, a los mercaderes los rodea la multi-

tud para hacerles declarar dónde vienen y qué cosas han sabido allí: animados por los rumores que oyen muchas veces toman, sobre asuntos capitales, decisiones de las que por fuerza tienen que arrepentirse enseguida; puesto que obedecen a rumores inconsistentes y la mayoría les responden con invenciones acomodadas a lo que ellos desean oír»²¹ Así pues, cuando algunos se adaptan, relatando cosas intrascendentes, a esta avidez de novedades que también hoy tiene invadido al pueblo, conviene imitar a Dión Casio, que cuando descendía a ocuparse de minucias, inmediatamente añadía algún tipo de disculpa, para que no pareciera que su falta se debía a ignorancia o inconsciencia. (/14) Pues todo el que conoce la vanidad humana, fácilmente puede imaginar cuán proclive es al error todo lo que sabemos de palabra por otros, o también por rumores dudosos. Son muchos los que, arrastrados por la emoción o confundidos por no haber puesto atención, la cosas que ocurren a diario suelen contarlas de forma muy distinta a como han sucedido. Por esta razón, si existen dudas acerca de la verdad de un asunto, se deberá utilizar aquella a modo de fórmula de caución que tenemos en Curcio (lib. XI): «Ciertamente son más las cosas que escribo que las que creo»; pues «ni me atrevo a corroborar aquello de lo que dudo, ni a eliminar lo que me ha llegado». Hecho esto, el redactor de *novellae* (el informador) mantendrá a salvo su crédito, dejando así el juicio en manos del prudente lector. Por ello, el antes mencionado Doctor Fritschius, en el cap. IV del citado Discurso, advierte: «No hay que creer irreflexivamente en las *novellae*.»

§ XX. Si nos preguntamos por la forma de este género de publicaciones (*Relationes*), es muy diversa. En términos generales, sin embargo, diríamos que consiste en *oikonomía* y *léxis*; puesto que de este modo suele estar constituido, en los demás relatos, el *cuero de la historia*. La «economía» afecta al orden y disposición de los hechos; la «léxis» alude a la elocución y estilo pertinentes. Sobre cada una de esas dos partes debemos decir algunas cosas.

§ XXI. Por lo que se refiere a la «economía» y disposición, ésta parece depender principalmente de la naturaleza del asunto de que se trata. En efecto, lo que se expone, o son varias cosas de diversa índole, o es un solo asunto individual. En la exposición de aquéllas, el orden es arbitrario, ya que no existe nexo alguno entre cosas ocurridas en lugares y tiempos y de modos distintos, y por tanto se mantiene el orden que dicta el azar. Tratándose, en cambio, de un solo y único asunto debe guardarse en cada caso el orden que le es connatural. Por ejemplo, si alguien quisiera relatar el asedio de Maguncia, iniciado el pasado año y su subsiguiente conquista, el conjunto debería disponerse en el orden en que cada cosa debe ser descrita: en primer lugar, los autores; luego, la ocasión; después, los preparativos e instrumentos; a continuación, el lugar y el modo de proceder; por último, la acción en sí y sus resultados y el rasgo de valor de los gue-

²¹ En la cita de César, el texto de Peucer (*plerisque*) difiere de las ediciones modernas (*plerique*), pero el cambio no afecta al sentido: (a) la mayoría les dan etcétera.

rreros que más brilló en el asedio (/15) y ocupación de la ciudad. Igualmente, si alguien quisiera escribir el relato de la expedición británica emprendida por el príncipe Guillermo de Orange, hoy Rey de Inglaterra, debería tejer su narración siguiendo el mismo orden y manera. En otras narraciones se deben atender de semejante modo las seis conocidas circunstancias que son siempre de esperar en una acción: autor, hechos, causa, modo, lugar y tiempo (Vid. Francisci Patritii, *De Historia, Dialog.* VII et VIII)²². En otros temas que no son de carácter político, la disposición es en cierto modo distinta, ya que no todas las circunstancias se pueden siempre disponer del mismo modo, si no existe suficiente constancia sobre el porqué, el cuándo, el dónde, el cómo de los hechos. Para los casos en que por las noticias solo es posible anunciar un resumen de los hechos, donde el orden no interviene, véase Plinio, *Cartas*, lib. IV, 9.

§ XXII. La «lexis» o elocución y estilo de las *novellae* no debe ser ni el de los oradores, ni el de los poetas: aquel retarda al lector ávido de noticias, este lo perturba y no expone las cosas con suficiente claridad. Ahora bien, el narrador, para agradar, precisa ser entendido de inmediato (Cf. Cicerón, *Del Orador*, lib. II). Y este fin se consigue utilizando un lenguaje, por un lado, puro, por otro, claro y conciso. Es lo que Cicerón recomienda en su *Bruto*: «*Nada*» —dice— «produce en la historia más dulzura que la brevedad pura y clara». Así pues, hay que evitar términos oscuros y un orden de palabras alterado. También Luciano lo avisa en *Sobre cómo se debe escribir la historia*: «Su voz (la del escritor) debe tener este único objetivo: descubrir los hechos con claridad, exponerlos con la mayor transparencia con palabras ni oscuras ni desusadas, ni tampoco vulgares y tabernarias, sino tales que el pueblo las entienda y las elogien los doctos.» Sobre el estilo histórico, del que también conviene hacer uso en las *novellae* (/16) no es preciso añadir más aquí, dado que ya lo hemos expuesto en otro lugar (Cf. Fab. Quintiliano, lib. X, cap. 1 y el *De Art. Hist.*, del doctísimo Vossius, cap. XXVI). Si alguna vez incluso, como en las antiguas Crónicas, el estilo es áspero o bárbaro, no es mucho, sin embargo, lo que la narración pierde en atractivo. Porque según Plinio, *Cartas*, lib. V, 8, «la historia, sea cual sea el modo en que esté escrita, resulta agradable. Pues los hombres son curiosos por naturaleza, y se dejan atrapar por el puro conocimiento de cualquier hecho; como es propio de quienes se dejan embaucar incluso por habladurías e historias fabulosas».

§ XXIII. El fin intrínseco y propio de la historia/es la conservación de la memoria de los hechos. De no haber sido por ella los sucesos ocurridos antes de nuestra era se habrían perdido o se habrían olvidado todos. Puesto que los hechos particulares son casi infinitos y si no se registrasen en los anales o historias, dada la ligereza y los fallos de la memoria humana, acabarían sepultados por el silencio, o no podrían transmitirse en toda su integridad a las generaciones

²² Francesco Patrizi (o Patrizio) (1529-1597), autor de un tratado historiográfico, en el que procuró innovar, apartándose de la consideración puramente retórico-literaria del género histórico: *Della Historia dieci dialoghi*, Venecia, 1560.

venideras. De lo que ya hemos dicho puede deducirse que a las *relationes novellae* no se les puede atribuir este mismo fin. Puesto que por las razones aludidas más arriba es evidente que no suelen escribirse para la posteridad, sino al servicio de la curiosidad humana. Incluso si ocurriera que, tomándolos de ellas, hechos que mencionan fueran consignados en obras históricas propiamente dichas, esto no debe entenderse de todos, sino de unos pocos, que fueron consignados con particular diligencia y cuidado. La mayor parte de ellos, en cambio, por el carácter improvisado de sus escritos, basados en rumores y cartas poco seguras, no tiene consistencia para soportar el paso del tiempo. Y no pueden, por tanto, ponerse con seguridad entre los documentos fidedignos a partir de los cuales se elabore la memoria de la posteridad.

§ XXIV. En consecuencia, el fin de las *relationes novellae* lo definiría más bien como el de informar de hechos recientes, combinando con ello además en cierto grado lo útil y lo placentero. Que esta fue, en efecto, la razón por la que comenzaron a escribirse y difundirse ya lo he sugerido más arriba, cuando me ocupaba de su origen. Pues el deseo de saber (/17) cosas nuevas es tan grande que cada vez que la gente se congrega en las esquinas y vías públicas preguntan: ¿alguna novedad? Para satisfacer esta curiosidad humana, se imprimieron por todas partes en distintas lenguas las *relationes novae* (sic). Quien las lee puede calmar en cierto modo la posible sed de novedades de sus contertulios.

§ XXV. A este fin primordial le hemos añadido la utilidad y el entretenimiento, que le suelen acompañar. Pues, si Luciano en *De scribenda historia* establece «τὸ χρῆσιμον», es decir, «lo útil» y otros «τὸ τερπνόν», «lo agradable» como fin de la historia, no nos equivocaremos nosotros al definir tales conceptos como efecto o consecuencia de dicho fin. Lo uno y lo otro, ciertamente, parecen producir en el ánimo de los lectores las noticias conocidas *ex relatione nova*.

§ XXVI. Que la utilidad de las *novellae* es tan grande como la de la historia sabiamente escrita, ciertamente no lo afirmaré de ningún modo, cuando los autores de estos prácticamente carecen de las cualidades y medios necesarios para componer historia propiamente dicha, como son la experiencia, la prudencia, un juicio contrastado, documentos seguros obtenidos de archivos libres de sospecha, y, en fin, una elocución y un estilo acomodados al género. Ahora bien, que tienen una cierta utilidad, que puede contribuir positivamente a la vida tanto pública como privada de los hombres, tampoco dudaría en afirmarlo. Esa utilidad el ilustrísimo Cristian Weisio²³ comenzó a exponerla hace trece años en su peculiar *Schediasma Curiosum*. En este, tan digno de alabanza es la capacidad de su célebre autor como absolutamente recomendable para el curioso lector de *novellae* atender a las ventajas prácticas que pone de manifiesto y que principalmente se refieren al conocimiento geográfico, genealógico, histórico y político. Muestra, en

²³ Christianus Weisius, Christian Weise (1642-1708) destacó como novelista satírico. En «Los tres más terribles locos de remate del mundo» (1672) uno de los objetos de su burla es la locura de las incomprensibles tesis latinas...

efecto, que con la lectura de las *novellae* el poco versado en el estudio de la geografía, (/18) se ve en cierto modo atraído hacia él, o se refuerza, por así decir, si es ya un experto, con la constante repetición. Esto mismo afirma también en el caso de la genealogía. Que la lectura de las *novellae*, por otra parte, especialmente a la historia, provisional, de nuestro tiempo, no precisa de argumentación alguna, si se piensa en sus objetivos. Por último, la utilidad política de las *novellae*, afirma el ilustre Weisio que es posiblemente la que más sobresale, ya que por ellas es posible conocer los derechos sobre los que litigan los príncipes en uno u otro sentido, junto con las *consilia*, artes y costumbres habituales en la corte, asuntos en los que, sin embargo, queda a la prudencia del lector el separar lo inane de lo sólido y verdadero. Pues quienes piensan que a partir de los periódicos se puede alcanzar un conocimiento exacto de los asuntos políticos, se equivocan totalmente. Por último, señala también otros beneficios para personas cultas o no, principalmente para los mercaderes. Nada tenemos que añadir a esto, salvo que para sacar provecho en estas cosas, es preciso tener conocimientos de geografía, de política y sobre todo de las cosas de palacio; y como no son muchos los que los tienen, es evidente que tales utilidades no puede cualquiera ponerlas de manifiesto.

§ XXVII. Lo placentero de las *novellae*, como de cualquier tipo de historia, nadie, salvo quien carezca de sensibilidad, podrá negarlo. Pues según el parecer de Cicerón (*Ad Fam. VI2*), «Nada más apropiado para la delectación que la diversidad de las épocas y las alternativas de la fortuna, que si en la vida real no me resultaron deseables, como lectura, sin embargo, serán de mi agrado. Causa, en efecto, placer el seguro recuerdo del color pasado (recordar ya a salvo las penalidades pasadas), y para los demás, que sin experimentar molestia personal alguna, contemplan sin ningún dolor los avatares ajenos, incluso la compasión es agradable. Ciertamente, el orden propio de los anales no hace mucho para atraparnos, con su enumeración al modo de los fastos. Pero las cambiantes e inciertas peripecias de un personaje, con frecuencia ilustre, causan sorpresa, expectación, alegría, pesar, esperanza, temor y si concluyen con un final notable, llena el alma (/19) el placer de una agradabilísima lectura». Esto cuadra en especial a la historia reciente, puesto que siempre atrae y alegra el ánimo del lector curioso. «Pues los hombres» —como nos decía Plinio más arriba— «son curiosos por naturaleza y se dejan atrapar por el puro conocimiento de cualquier cosa; como es propio de quienes se dejan embaucar incluso por habladurías e historias fabulosas». Antonio Panormitano²⁴, en su libro sobre los hechos de Alfonso, rey de Aragón, cuenta que este experimentó tanto placer con la lectura de la historia de Curcio que a partir de ahí quedó libre de la enfermedad que le aquejaba. Recuperada la salud se cuenta que dijo: «Adiós a Avicena, a Hipócrates y al resto de los médicos; viva Curcio, mi salvador.»

²⁴ Antonio Becadelli (1394-1471), llamado el Panormita o Panormitano (es decir, de Palermo) fue uno de los destacados humanistas de la corte de Alfonso V de Aragón en Nápoles.

§ XXVIII. Mayor placer todavía reciben, sin embargo, los doctos de la lectura de las *novellae*. Estos se complacen con el conocimiento de la geografía, de la genealogía y de la política. Porque todo relato es más agradable si se conoce el lugar, los personajes ilustres que han promovido determinado suceso, o las causas por las cuales se impulsó. Pero ¿quién hay que ignore que el conocimiento de tales circunstancias de los hechos se extraen de las ciencias particulares mencionadas? Quienes son legos en ellas, no parecen diferentes a quienes en un cuadro contemplaran tan solo el rostro de las personas, omitidos, o incluso ocultos, el porte y los rasgos del cuerpo.

§ XXIX. Pero vista ya como una imagen ideal de las *novellae*, deberíamos ocuparnos de sus distintas variedades. Pues el contenido de algunas es exclusivamente de carácter científico, como las que, sobre distintos campos —y es un hecho sobradamente conocido, como para que tengamos que exponerlo aquí— se publican en Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania e Italia. Otras, —antepuesto, desde luego, un curioso título— prometen al lector temas particulares y selectos, como son las que se imprimen en París y en Amsterdam (120) *Le Nouveau Mercure Galant, contenant tout ce qui s'est passé de curieux etcétera*. Algunas recogen temas políticos, como la *Histoire Abbrégée de l'Europe, ou Relation exacte de ce, qui se passe de considerable dans les États, dans les Armées, etcétera*, como la que se imprime en Amsterdam por Claudio Jordan. Otras, en cambio, abarcan asuntos de diverso género, a medida que cada día se ofrecen. Estas en concreto, impresas en lugares diversos, suelen difundirse en distintos idiomas, cada semana, cada mes, o semestre o transcurrido cualquier lapso de tiempo. Entre ellas las alemanas de Leipzig²⁵, recopiladas hasta ahora con cuidado y las de Frankfurt, en latín, que se imprimen a expensas de los herederos de Latomus merecen un lugar preferente, por realizar una cierta selección de los sucesos narrados, prescindiendo de banalidades y de lo que aquí o allí se difunde con inciertos rumores. Pero extendernos más sobre estas o emitir un juicio sobre cada una resultaría inadecuado, siendo así que no forma parte del plan de nuestra empresa el censurar aquí a nadie con crítica importuna. Prefiriendo, por el contrario, dejar el juicio sobre ellas en manos del prudente lector rogamos a Dios que en el futuro, en Alemania y en nuestra patria, para escribir *Novellae*, solo haya cosecha de noticias buenas.

Solo Dios sea glorificado.

²⁵ Algunos de los plurales de este párrafo entendemos que están condicionados por el plural de «relaciones *novellae*», es decir, los ejemplos que se ponen (*quae Luteliae & Amstelodami excubuntur*, o *quales Amstelodami ap. C. J. excubuntur*), no se refieren a varias publicaciones, sino solo a una. Así las de Leipzig en alemán (*Lipsienses Germanicae*) y las de Frankfurt en latín (*Francofurtenses Latinae*, sc. *relationes novellae*) deben ser en cada caso una sola publicación, la primera de estas, seguramente, el *Leipziger Zeitung*, que se publicaba desde 1660. Lo mismo ocurre con «las que se imprimen en París y Amsterdam y «en Amskterdam en la imprenta de Claudio Jordan» que no son otras, respectivamente, que el *Mercurio* citado (los «Mercurios franco-belgas», del § VII), y la *Histoire abrégée* etcétera.